

# EUROPA A LA VISTA

## Los niveles de la lucha \*

Por Andre GORZ

Los niveles en los cuales las clases trabajadoras pueden, a mi parecer, insertarse en las transformaciones en curso, con objeto de modificar, a través de las estructuras y las relaciones de fuerzas parciales y locales, la orientación general de la sociedad capitalista son principalmente:

### a) *La empresa, la profesión, el empleo.*

La concentración y la competencia monopolística, *pero también la evolución de la técnica*, plantean en la mayoría de los sectores problemas de reconversión, de reajustamiento, de empleo que el capitalismo tiende a resolver a su manera, es decir despreciando las necesidades de los trabajadores e incluso las de las poblaciones de los sectores o las regiones a reconvertir. La respuesta de la clase obrera o campesina, evidentemente no puede ser la misma según se trate de crisis estructurales comunes a todas las sociedades industriales (crisis carbonífera, crisis de la construcción naval o de los cultivos de cereales), o de crisis debidas a la estrategia financiera de los grupos monopolistas.

“La organización de una rama industrial, escribía Pierre Belleville, se opera en nuestros días por el juego de la concentración capitalista. Cuando un trust se hace con el control de una empresa importante, hasta ese momento relativamente independiente, no es necesariamente para apro-

\* Transcribimos la parte central del artículo publicado en el número 211 de diciembre de 1963 de la revista francesa *Les Temps Modernes*, bajo el título “Estrategia de los Monopolios y estrategia obrera en el Mercado Común”.

El artículo en cuestión, según la citada revista, es una versión corregida y aumentada del informe presentado, bajo el título

“Mercado Común y Planificación”, en el coloquio internacional sobre la Integración europea y el Movimiento obrero (Centro de Estudios Socialistas. París, octubre 1963). Algunas modificaciones y añadidos han sido incorporados a este informe, según dice la revista, después de las intervenciones de Ernest Mandel y Robert Fossaert, de André Barjonet y Mascarello (C. G. T.).

piarse de sus beneficios. Puede tener como objetivo "sanear" el sector de producción que el trust domina, neutralizando el potencial industrial que representa la empresa en cuestión". Las crisis de Neyrpic, de Remington, de la General Motors en Gennevilliers, etc., entran en el marco descrito. Pero también la castración de numerosas empresas de la mecánica, de la industria farmacéutica, de la electrónica, de la aeronáutica, etc., que pasando bajo el control de los trusts generalmente extranjeros, se convierten en copistas y explotadores serviles de las patentes de su casa madre y, abandonando toda actividad de investigación, proceden a reducciones de personal, empezando por los trabajadores mejor cualificados. Una especie de neo-colonialismo científico reserva a la casa madre (americana, holandesa, británica) la invención y la orientación de la producción y a la filial las tareas de la ejecución. Privadas de toda autonomía, tanto científica como económica, las filiales servirán de amortiguadores de las fluctuaciones coyunturales y sus trabajadores serán los primeros en pagar las consecuencias.

Los investigadores, técnicos, trabajadores cualificados, y los estudiantes son los primeros en sufrir en esta relación de subordinación y dependencia que los descalifica profesionalmente, destruye la autonomía intelectual y cultural a la que aspiran legítimamente, y les priva del pleno desarrollo de sus capacidades. Su interés se une, real o potencialmente, al de los demás trabajadores a los que el trust, sobre todo en sus nuevas implantaciones, tiende a no darles más que una formación profesional "de casa" que los une de por vida a "su" empresa, ya que fuera de ella su cualificación carece de valor. La defensa del empleo y de la autonomía profesional se convierte, en este caso, en la defensa de la autonomía de la empresa, o cuando ésta pertenece a un sector realmente superequipado (caso de la General Motors en Gennevilliers) en la lucha por la socialización de la función de la inversión y la reorientación de las inversiones y de las producciones conforme a las necesidades reales. En el caso de la farmacéutica, por ejemplo, particularmente amenazada en razón de su dispersión, se impone la socialización de toda la rama y la orientación hacia centros públicos de investigación de numerosos trabajadores científicos dedicados a trabajos no especializados o de rutina; y esto tanto para vitalizar una industria de utilidad pública como para poner fin a la explotación de los trabajadores por trusts en su mayoría internacionales. Del mismo modo, en las industrias científicas, sólo una nacionalización que respete la autonomía de las empresas puede impedir la obliteración de su potencial de investigación, no rentable según los criterios financieros a corto término.

En las industrias en crisis estructural, por el contrario, la defensa del empleo y de la profesión difícilmente puede pasar por la defensa de las empresas destinadas a la clausura o a la conversión. En el caso de la agricultura, ya hemos visto que la defensa de los cultivadores de cereales italianos y alemanes se volvería contra sus homólogos franceses y contra los de terceros países. De manera análoga, la defensa de las cuencas hulleras del Centre-Midi o del Borinage haría recaer —en ausencia de una política energética diferente de la de la C. E. C. A.— el peso de la crisis

carbonífera sobre los mineros alemanes y holandeses (y británicos, polacos y americanos). En la medida en que la crisis carbonífera, como por otra parte la crisis de la construcción naval y la de la textil, es un fenómeno mundial, la clase obrera parte vencida por adelantado si se limita a plantear batallas defensivas. La lucha por el empleo y la puesta en valor de los recursos humanos y naturales debe ser obligatoriamente ofensiva: la clase obrera debe oponer su propio plan de reconversión y de reordenación al de los tecnócratas, emprender la lucha sobre esta base. Debe poder mostrar concretamente que el problema de la reconversión es soluble; que esta solución no reside en el mantenimiento en actividad, a través de batallas de retaguardia, de minas y astilleros frecuentemente condenados por su vetustez; sino que reside, por ejemplo, en la extensión descendente (hacia la química orgánica y la industria farmacéutica) de la actividad de las minas de carbón nacionalizadas; en la transformación de los astilleros en empresas públicas de construcción mecánica. Y que el único obstáculo a este tipo de soluciones, conformes con la vocación de las regiones en crisis, es la preocupación actual del Estado capitalista de aislar su iniciativa en los sectores deficitarios y reservar a la empresa privada las actividades rentables y en expansión, de las que los beneficios deberían normalmente cubrir los costes de las reconversiones y del desarrollo social.

Sobre la base de un plan concreto de reconversión y de desarrollo, encausando la gestión económica del Estado y la estrategia centralizadora de los monopolios, la clase obrera podrá entonces movilizar a su lado a otras capas de la población, igualmente interesadas en que las industrias en declive —casi siempre de carácter regional— sean sustituidas por producciones con porvenir, y que el nivel de actividad de la región no decline. La necesidad de reconversiones ofrece de esta manera a la clase obrera la ocasión de una inserción activa en el proceso de transformación. La elaboración de objetivos regionales y sectoriales haciendo frente a la estrategia de los monopolios y de las tecnocracias es la base misma de partida de una política de “alternativa” y de planificación democráticas marchando en el sentido del socialismo.

#### b) *La región.*

Ya hemos señalado la ineficacia, en parte consciente, de la política regional del capitalismo de Estado y las grandes líneas del modelo de desarrollo regional que conviene oponer a la política de los “polos de crecimiento” y monopolio de empleo que esta política suele conferir a los trusts recientemente implantados. La batalla por el desarrollo equilibrado de las llamadas regiones “excéntricas” puede ser llevada a cabo alrededor de un cierto número de temas movilizadores:

— batalla por la escuela y por la independencia de la escuela con respecto a los patronos que tienden a anexionársela bajo el pretexto de la formación profesional;

— batalla por la creación de empresas industriales públicas (conforme al programa de desarrollo regional elaborado por asambleas regionales democráticamente elegidas) y montadas bajo control regional;

— batallas contra la explotación de los campesinos por el negocio y los trusts a lo largo del proceso de la producción agrícola — y para el desarrollo de las cooperativas de producción, de mecanización, de transformación industrial y de comercialización de los productos agrícolas;

— lucha para conseguir créditos de equipo, de reconversión, de creación de cooperativas, con pequeñas tasas de interés. Etc....

c) *El problema del "modelo" o de las finalidades.*

Las luchas parciales de los trabajadores por el empleo, los salarios, la puesta en valor de los recursos humanos y naturales, la determinación de las relaciones de trabajo y la satisfacción social de las necesidades sociales creadas por la civilización industrial, no pueden resultar sin que, en el plano político, un modelo social de recambio les sea propuesto que les dé una perspectiva sintética. Ese modelo de recambio, cuya realización supone la hegemonía política de la clase obrera, sirve de referencia, de marco y de mediación unificadora a las reivindicaciones parciales que, sin él, no pueden sobrepasar la perspectiva reformista ni escapar a su reabsorción en el sistema. El modelo de recambio o "alternativa democrática" a la planificación monopolista no debe ser concebida por amor a la oposición a toda costa, como un repertorio de reivindicaciones a presentar "porque el capitalismo es incapaz de satisfacerlas. Se plantea, por el contrario, como el *sentido* de las luchas ya en curso, como la imagen positiva de una autonomía que la clase obrera afirma, con inmediatez, de manera negativa (oposición) y parcial.

En resumen, se trata de oponer a la planificación capitalista, esencialmente cuantitativa, y que concibe la producción como fin en sí mismo y la sociedad como un medio, una planificación cualitativa concibiendo la producción como medio para la satisfacción de las necesidades reales y autónomas.

Estas necesidades, contrariamente a lo que afirma la planificación capitalista, carecen de la posibilidad de manifestarse en el mercado sea porque la demanda que provocan no es solvente; sea porque, incluso si fuese solvente, las condiciones de su satisfacción no se reúnen, ya que la creación de estas condiciones no es rentable desde el punto de vista capitalista.

Se trata esencialmente, en efecto, de necesidades de equipo y de servicios, originados por el desarrollo de las fuerzas productivas, y que se relacionan singularmente con: la educación, la salud, la higiene, el urbanismo, la vivienda, los transportes comunitarios, el equipo cultural y deportivo, la investigación y la información. En una sociedad evolucionada, en la que el modo y el proceso de producción exige la salvaguardia de, al menos, una apariencia de libertades democráticas, la satisfacción de estas necesidades puede difícilmente ser abandonada a la libre empresa, es decir a la venta individual con beneficio de los servicios necesarios. Estas necesidades son, en efecto, esencialmente *sociales*, no dando lugar, generalmente, a una demanda individual, y no pudiendo ser satisfechas por servicios comerciales cuya finalidad es la

“libertad” de vender al más alto precio posible y la “libertad” de no comprar a ese mismo precio.

La satisfacción de estas necesidades —prioritaria e imperativa, ya que exige al mismo tiempo la reproducción de la fuerza de trabajo (reproducción simple: salud, higiene, urbanismo, vivienda; y reproducción ampliada: educación, investigación, información, equipación cultural) y la tolerabilidad humana de la sociedad— representa por lo tanto lo que se puede llamar los “gastos generales sociales” de la iniciativa privada. De hecho se trata de necesidades al menos potencialmente creadoras y culturales, del modo y del grado de satisfacción de las cuales depende el grado de desarrollo de las facultades humanas y el grado de “humanización” de la vida y de las relaciones sociales.

Sin embargo, por el hecho de que la satisfacción de estas necesidades no puede producir el beneficio y la acumulación capitalista, es dejada a cargo del Estado y figura en el pasivo de la contabilidad nacional: es decir en el capítulo de los gastos y cargas improductivas. El capitalismo no tiene ningún interés espontáneo en que estas necesidades sean satisfechas<sup>1</sup>, puesto que su satisfacción, necesariamente social (a través de los servicios públicos) se vuelve 1.º hacia el sector social (por el soslayo de los descuentos fiscales) una parte de las plusvalías que, sin eso, podría haber sido consumida o reinvertida con beneficio; 2.º hacia el consumo social una parte del poder de compra individual que, sin eso, habría ido a parar a las cajas de los empresarios capitalistas.

Estas empresas tienen por lo tanto interés en limitar en la mayor medida posible, el consumo social y en subordinarlo, cuantitativa y cualitativamente, a las exigencias de la acumulación privada. Como, por otra parte, las fuentes de la acumulación y del empleo, que está formado por las plusvalías, están controladas por los capitalistas privados<sup>2</sup>; como el financiamiento de un gigantesco aparato de propaganda comercial es considerado como un gasto deducible de los beneficios; y como la propaganda hecha en favor de los bienes de consumo individuales es fatalmente más eficaz de lo que sería (pues es inexistente) la hecha en favor del consumo social, los monopolios capitalistas juegan un papel preponderante en la orientación de todos los aspectos de la vida social, imponen a la sociedad su estilo y sus estructuras de consumo, y disputan demagógicamente al consumo social su derecho de ciudadanía. Es por lo tanto todo el sector de *las necesidades potencialmente creadoras* el que es sacrificado, atrofiado y subordinado al sector de la producción capitalista. Dicho de otra manera, las necesidades humanas son subordinadas a las exigencias del capital; el consumo subordinado a una producción que es

<sup>1</sup> Puede haber un interés *político* y *razonado* que es propio de los neo-capitalismos: el desarrollo y la democratización de la enseñanza, por ejemplo, es necesaria para continuar con la expansión monopolista, y la mejora de la higiene pública para la mayor eficiencia de la mano de obra. Se trata, sin embargo, de un interés razonado y no espontáneo, pues el desarrollo del sector so-

cial, agravando la presión fiscal y restringiendo, virtualmente al menos, el campo de la iniciativa privada, agrava igualmente la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada.

<sup>2</sup> Que sean personas físicas o morales importa poco referido a su manera de consumir, de invertir o de reinvertir sus beneficios y capitales.

su finalidad; el desarrollo (cualitativo) de los individuos y de sus relaciones sociales al desarrollo (cuantitativo) de la acumulación.

Las circunstancias sociales e históricas que permiten este tipo de subordinación son principalmente las del trabajo alienado de las sociedades altamente industrializadas. Con esto, quiero decir que el tipo de consumidor pasivo que el capitalismo monopolista necesita para ejercer su presa sobre todas las esferas de la vida civil y moldearlas a su gusto, que este tipo de "consumidor alienado" no es sino el individuo que refleja en sus necesidades de consumo su alienación como agente de producción: es, en otras palabras, el trabajador atomizado, pasivizado por su trabajo prefabricado y monótono, sometido a una disciplina militar al mismo tiempo que a las dulces presiones del neo-paternalismo, sin responsabilidad en su trabajo, sin poder en las decisiones de la producción, aislado de su producto, condenado a vender su tiempo, reducido e incitado a *soñarse* hombre humano (pues no es cuestión de hacerse realmente tal) por la apropiación de símbolos de humanismo prefabricados, por el consumo de pseudo-cultura y de evasión.

De esta manera las luchas obreras a hacer indirecta e involuntariamente el juego del capitalismo monopolista si se limitan a reivindicaciones de consumo y no presentan al mismo tiempo reivindicaciones de poder obrero, poniendo en causa simultáneamente las relaciones de trabajo, las relaciones de producción, el modelo y las estructuras de consumo, en resumen la finalidad del trabajo social y la civilización capitalista misma.

A este respecto, es importante demostrar que la "opulencia" y la explotación son dos caras de la misma realidad, y que el tipo de acumulación perseguido exige el derroche. El capitalismo tiende a incorporar en los productos de consumo el máximo de "valor añadido" (es decir, de fuentes de beneficio), *añada o no, algo, al valor de cambio del producto*, como cuando complica, por ejemplo, la manera de satisfacer necesidades sencillas por medio de embalajes y condicionamientos lujosos, por la elaboración de productos de costosa sustitución que pronto hacen desaparecer su variable baratura, o por la sustitución de materiales robustos, producibles en abundancia con un material ya amortizado, en provecho de materias de uso más rápido (nuevas fibras sintéticas, por ejemplo) que exigen nuevas máquinas y permiten evitar la concurrencia y la baja de las tasas de beneficio y de los precios.

Evidentemente, no se trata de predicar la "austeridad", en nombre de una distinción idealista entre las necesidades "reales y sanas" y las "artificiales y decadentes"; se trata de tener en cuenta que en las economías en las que los recursos productivos siguen siendo escasos, no se puede hacer todo a la vez y que un orden de prioridades debe ser establecido. Este orden de prioridades en el capitalismo se establece así: prioridad para los productos de consumo individual "opulento", que permita una alta tasa de acumulación, con sobreexplotación y semana de trabajo todavía larga, en detrimento de la satisfacción social de las necesidades sociales y culturales, de la autonomía de los individuos y de los grupos y de su pleno desarrollo humano. Subordinar la producción al consumo y la economía a las necesidades y al control de los productores en todos los

niveles en los que estas necesidades y este control pueden manifestarse (empresa, municipio, ciudad, región, rama, nación, escuela) es el objetivo más general de una planificación antimonopolista, y no puede ser alcanzado más que si es rota por un derrumbamiento a todos sus niveles de la relación de fuerzas, la dictadura de facto del capital.

### ¿SE PUEDE HABLAR DE UNA LUCHA A NIVEL "EUROPEO"?

La planificación no es un fin en sí mismo. Hace falta reafirmar contra ciertos teóricos reformistas del movimiento obrero, que la planificación no tiene interés para las clases trabajadoras si no en la medida que le permite extender sus poderes, afirmar su candidatura de clases dirigentes y sustraer a los representantes directos e indirectos del capital monopolista la dirección de la economía, ya que tal es la condición a la vez para la satisfacción de las necesidades sociales y para la instauración de una democracia abierta que tenga al socialismo como base.

Igualmente, la finalidad de la planificación no puede limitarse a una simple redistribución de las rentas y a la realización de ciertos objetivos sociales, a cambio de la colaboración de la clase obrera con el Plan —es decir, la "disciplina de los salarios" y la renuncia a la autonomía de clase y a las reivindicaciones de poder. El interés de la planificación reside, como contrapartida en el hecho de que permite un amplio debate público sobre las finalidades de la economía y el orden de las prioridades, y por lo tanto permite a la clase obrera presentar soluciones de recambio, un modelo de desarrollo diferente de mostrar el carácter político, y no material, de las imposibilidades y de los callejones sin salida del capitalismo. "¿Y de dónde puede surgir en primer lugar esta nueva jerarquía del consumo sino de las luchas reivindicativas de la clase obrera por la conquista de un nivel de salario independiente de las vicisitudes del ciclo productivo de la empresa; de las luchas por una mayor autonomía social y cultural; de las luchas por una cualificación profesionalizada a la valorización del patrimonio cultural y profesional subjetivo del trabajador? Rechazar esta autonomía significaría una sola cosa: enviar la discusión sobre las prioridades al cielo de las abstracciones moralizantes y, de hecho, crear una programación cuyos mecanismos refuerzan y cristalizan esta jerarquía del consumo y este condicionamiento del consumo por la producción de que nos quejamos". (LUCIANO BARCA, informe al *Convegno Gramsci sulla Programmazione*).

No se trata, pues, cuando se habla de "inserción" de la clase obrera en la planificación y de objetivos y soluciones de recambio presentados con este motivo, de hacer "participar" a la clase obrera en la elaboración del Plan para tenerla después prisionera de un compromiso impuesto, bajo el pretexto del arbitraje técnico y de la paz social, por una comisión de expertos "apolíticos".

Pero tampoco es posible encerrarse en una postura maximalista del "todo o nada"; ni negarse a la lucha por soluciones parciales y por reformas de estructura susceptibles de ser impuestas, bajo el pretexto de que significarían la abolición del capitalismo; ni limitarse

a organizar y a encuadrar a todos los descontentos en espera del día en el que la clase obrera podrá tomar el poder. Por el contrario, la voluntad y la posibilidad de una conquista de poder no se concretará sino en el momento en el que el movimiento obrero sepa presentar soluciones de recambio concretas, fundadas en las necesidades de los trabajadores y desde un principio compatibles con las potencialidades de la economía, pero evidentemente incompatibles con las estructuras (económicas, sociales y políticas) existentes<sup>3</sup>. Si el movimiento obrero, en la lucha por estas soluciones de recambio y por las reformas de estructura que aquellas exigen, sabe establecer una *continuidad* entre el objetivo de las luchas de masas actuales y la perspectiva de una transformación socialista de la sociedad. Si sabe hacer palpable a los trabajadores, en todos los planes de su existencia, que la sociedad socialista no es ni un más allá de la sociedad actual, ni un más acá capaz de preservar todas las posiciones adquiridas amenazadas, de detener e incluso invertir la marcha del proceso; sino que la sociedad socialista está presente, en el seno mismo del proceso actual, como su contradicción interna, como la exigencia al mismo tiempo objetiva y subjetiva de su rebasamiento hacia nuevos objetivos.

De este modo, la "participación antagónica" de la clase obrera en la elaboración del Plan y en la definición de sus objetivos se convierten en la ocasión de grandes enfrentamientos públicos, que permiten movilizar a las clases trabajadoras por objetivos intermedios y de estructura, elevar su nivel de concienciación, demostrar e incrementar su combatividad y su fuerza.

En la práctica, resultará que no habrá más remedio que aceptar una serie de compromisos. Pero:

1.º El compromiso se dará explícitamente como lo que es, es decir, como la resultante provisional de una relación provisional de las fuerzas, que debe ser modificada y quebrada por futuras batallas:

2.º El compromiso será tanto más favorable y dará a la clase obrera posiciones de fuerza y poderes en los futuros antagonismos, cuanto más vigorosamente se ejerza la presión colectiva durante la fase de las discusiones, destruyendo de esta manera el mito del "Plan, realidad técnica determinada por necesidades objetivas".

Es evidente que esta utilización estratégica y dialéctica de la planificación con el fin de elevar constantemente el nivel de la lucha obrera, no es compatible con la definición burocrática de objetivos abstractos. Los aparatos de las organizaciones obreras, no pueden elaborar en la cumbre,

<sup>3</sup> No se trata de concebir las reformas de estructuras como graciosas concesiones del Estado burgués después de un compromiso negociado con el movimiento obrero, y que dejaría su poder intacto. Sino concebirlas como agrietamientos inflingidos al sistema por asaltos dirigidos contra sus goznes. Lo propio de una tal estrategia, lo que se propone a través de victorias parciales, es desequilibrar profundamente el sistema, agravar sus contradicciones, profundizar su crisis, y, por una sucesión cada vez más rápida de

respuestas y contrarrespuestas, llevar la lucha de clases a un nivel y a una intensidad cada vez más grandes. Luchar por soluciones de recambio, por reformas de estructura, un contraplán (es decir por objetivos intermedios), no es luchar por un apuntalamiento del sistema capitalista, sino para abrir brechas en él, para imponerle unos límites, para crear unos contrapoderes que, lejos de conducir a un nuevo equilibrio, dislocan sus mismas bases.

un esquema de recambio, más o menos rígido, de especializaciones internacionales a escala del Mercado Común, so pena de olvidar la dialéctica de la lucha o de separarse de las masas.

Pero tampoco pueden ignorar los problemas de cohesión y de coordinación internacional de sus objetivos y puntos programáticos. No pueden, en particular, preconizar soluciones nacionales cuya adopción conduciría a hacer recaer sobre la clase obrera de un país vecino el peso de la crisis sufrida por una rama determinada. No pueden oponer estrechas luchas nacionales a la estrategia internacional de los monopolios, holdings y organizaciones patronales, so pena de sufrir su propia división y de debilitarse mutuamente.

Volvemos pues al problema de la estrategia internacional del movimiento obrero frente a la integración europea y a una eventual planificación supranacional. Incluso las luchas locales, por objetivos inmediatos y concretos, desembocan en la necesidad de una coordinación, y de una estrategia internacional, si quieren ser eficaces. Esto es fácil de ilustrar con ayuda de algunos ejemplos:

1.º En las industrias netamente sobreequipadas, dominadas por una intensa competencia comercial (el automóvil, por ejemplo), cada oligopolio nacional está destinado a oponer a las reivindicaciones obreras la necesidad de permanecer "competitivos" con respecto a los otros oligopolios. La dirección de la Régie Renault, por ejemplo, ha podido hacer valer que si cedía a la presión obrera, sus planes de inversión, los niveles de sus precios de venta y de su producción, su capacidad de concurrir con la producción extranjera se encontrarían amenazadas, de la misma manera que el empleo de su personal, y que por lo tanto convenía que éste dejase las manos libres a la Dirección, en aras del interés general.

La clase obrera puede evitar pagar las consecuencias de la competencia monopolística, solamente si puede:

— oponer a los argumentos patronales una comparación precisa y cifrada de las "cargas salariales", de las duraciones del trabajo y de las "ventajas sociales" en los otros países. Un intercambio sistemático de informaciones entre las federaciones sindicales es por lo tanto indispensable;

— hacer coherentes las reivindicaciones sostenidas, principalmente con ocasión de la renovación de los convenios colectivos. Esta es la única manera posible de evitar que las victorias reivindicativas en tal país, concerniendo a los salarios, los horarios, las vacaciones y la limitación de los porcentajes de beneficio, sean aprovechadas por otro país para suplantar, en parte, la producción del primero, en lugar de tender, como ocurre actualmente a alinearse en los convenios colectivos más favorables a los patronos, los acuerdos por ramas tenderán a alinearse en los convenios más favorables a los trabajadores.

Es igualmente posible poner en práctica una táctica del "salto de pédola", tendiente a reivindicar en cada país las ventajas adquiridas ya por otro país y hacer de tal manera que cada movimiento obrero alimente la lucha reivindicativa de otros movimientos permaneciendo siempre por delante de ellos en un aspecto determinado de la relación de trabajo. La coherencia de las reivindicaciones no debe necesariamente significar su per-

fecta homogeneidad. Por el contrario, la heterogeneidad debe ser conservada como un fermento de agitación perpetua.

2.º En las ramas dominadas por un monopolio internacional (por ejemplo, la Philips y la I. B. M., en la electrónica; Frigidaire en el equipo doméstico; Lever y Nestlé, en la industria alimenticia; Saint-Gobain, en la industria del vidrio; Olivetti o Remington, en el equipo de oficina), por un cartel internacional (petróleo y petroquímica, aluminio) o por un holding, el arma de la huelga local perderá su eficacia después de la fusión de los mercados nacionales, sobre todo en el momento en el que sus supercapacidades se harán evidentes por el mismo motivo que la Remington ha liquidado su fábrica de Caluire, por un simple cálculo de rentabilidad, en provecho de las Fábricas que posee en Alemania, Italia y Holanda, cualquier otro trust o holding tenderá a declarar el lock-out indefinido ante los huelguistas de una sola de sus filiales o empresas si los trabajadores que aseguran en otros países fabricaciones idénticas o comparables permanecen al pie del cañón. En todos los sectores en los que existe ramificación internacional o interpenetración internacional, la coordinación de las luchas deberá tomar obligatoriamente la forma de sincronización.

3.º En las ramas en crisis estructural (carbón, astilleros, parcialmente la textil), la elaboración de planes de reconversión y de reorientación deberá hacerse teniendo en cuenta la situación de estas ramas a la escala del Mercado Común y de sus posibilidades a la escala del mercado mundial. La lucha contra los despidos en los astilleros, por ejemplo, debe acompañarse, por una parte, de reivindicaciones fundadas en cuanto a la naturaleza y a la amplitud de las construcciones que podrían emprenderse, teniendo en cuenta las posibilidades mundiales (países socialistas comprendidos); y por otra parte, de reivindicaciones referidas a las diferentes fabricaciones (equipo pesado y ligero, por ejemplo), que los astilleros, reconvertidos por iniciativa pública, podrían emprender, teniendo en cuenta las necesidades de los países sub-desarrollados.

El movimiento obrero no podrá llevar a cabo una estrategia ofensiva en materia de reconversiones industriales y regionales, sino apoyándose en estudios económicos por ramas, a escala del Mercado Común, lo que supone un intercambio de informaciones constante entre los servicios económicos de las confederaciones nacionales.

Lo que evidencian estos tres ejemplos es que el movimiento obrero, al nivel de la acción sindical, está obligado a mantener su estrategia por lo menos al mismo nivel de internacionalismo al que el capitalismo mantiene la suya. Y esto nos lleva a los problemas que ya hemos planteado en la segunda parte de esta exposición: ya que la internacionalización de hecho del mercado, de la producción, de las políticas coyunturales, etc., tiende a exigir y a hacer nacer un Estado y una programación supranacionales, cual debe ser la actitud del movimiento obrero con respecto a estas instituciones. ¿Debe condenarlas o bien participar en su creación, esperando de esta manera democratizarlas? ¿O espera a que se constituyan para definir su táctica?

La primera actitud sería estéril: la condena de un proceso en curso se

estanca fatalmente en lo verbal y abstracto y no proporciona ni fundamento ni viabilidad a una estrategia.

La segunda actitud, la de la participación, sería un engaño en las circunstancias actuales. Efectivamente, ¿en qué debería participar la clase obrera? Si la C. E. E., en sus centros de decisión supranacionales, estuviese sometida al control democrático de asambleas representativas capaces de influir en su política y de movilizar a las masas por perspectivas de recambio, entonces, sin duda, la participación tendría un sentido. Pero este no es el caso. La C. E. E. no es más que la emanación tecnocrática de Estados en los cuales las clases obreras no ostentan ningún poder, y está (la C. E. E.) sustraída a todo control por parte de las asambleas representativas. Participar en estas condiciones a la definición de una política supranacional, sería, para la clase obrera, aceptar un diálogo amistoso con la tecnocracia y las delegaciones patronales, aceptar batirse sin armas frente a unos adversarios armados, aceptar unos marcos predeterminados cuya revisión se haría imposible. Hace falta ser un incurable soñador para creer que el movimiento obrero pueda conquistar al nivel supranacional una influencia y unos poderes de los que carece a nivel nacional.

Pero la tercera actitud, la del "esperismo", tampoco es posible. Si el movimiento obrero espera que los organismos supranacionales, dotados de poderes reales, definan el marco de la política económica, social, financiera, fiscal, coyuntural de cada país, será demasiado tarde: será obligado a recular a la defensiva. Y no habrá aprovechado el período interino para hacer avanzar la creación de un frente internacional de los trabajadores y el boceto de una perspectiva de recambio.

Ya que es a esto, ante todo, a lo que habrá que llegar: a un frente que, gracias a sus presiones convergentes sobre los planes nacionales, pueda jugar en el plan internacional el papel de un verdadero contrapoder.

La orientación y el contenido de estas presiones, se pueden deducir de los análisis que preceden:

1.º Defensa del empleo, de la autonomía profesional y de la autonomía de las empresas, lo que implica: control obrero sobre la política local e internacional de la empresa; este control, tratándose de carteles o de monopolios con ramificaciones internacionales de los problemas que se plantean a los sindicatos de la rama y de las acciones que éstos proyectan.

La ampliación o la conquista de poderes obreros en el seno de las empresas es un primer objetivo.

2.º Política de reconversión y de desarrollo conforme a las necesidades y al equilibrio de cada región, lo que supone:

a) La descentralización y la democratización de los poderes de decisión económicos, la eventual política "europea" de reconversión y de desarrollo regional deben ser el resultado de la armonización de los proyectos descentralizados, y no seguir el camino inverso, como se hace actualmente;

b) el desarrollo de la iniciativa pública, tanto en los sectores industriales en expansión, como en materia de ordenación y equipamiento e instalación regional y agrícola. La defensa de las nacionalizaciones, la lucha por su extensión y su control democrático, es un segundo imperativo.

3.º Reorientación de la economía y de las estructuras del consumo en el sentido de prioridades reales, lo que supone:

- a) el desarrollo de las luchas reivindicativas por los salarios y las condiciones de trabajo, y la defensa intransigente de la autonomía sindical;
- b) la lucha por una política fiscal, social y de inversión cualitativa y cuantitativamente distinta de la "programación" capitalista;
- c) la socialización de la función de inversión (nacionalización efectiva del crédito) que, el poder local de los trabajadores debe arrebatar a la política de las empresas, es la condición fundamental de una planificación antimonopolista.

Durante el período interino precedente a la puesta en práctica de poderes supranacionales, presiones convergentes hacia sus objetivos, que ningún movimiento obrero europeo puede recusar, pueden ejercer una influencia determinante sobre la política de la C. E. E. Estas presiones podrán ejercerse a los dos niveles, nacional y supranacional.

En la fase actual, es, sobre todo, actuando sobre los Estados nacionales como los movimientos obreros pueden pesar con más eficacia sobre la C. E. E. y obtener que se haga compatible, o al menos no incompatible, con nuevas conquistas democráticas que tiendan hacia el socialismo. Ya que si, bajo la presión de los trabajadores, tal Estado es obligado a recular y a acometer reformas estructurales, se vería obligado también a batirse en el seno de la C. E. E. para que la política que le ha sido impuesta, compatible o no con el tratado de Roma, no se reduzca a un particularismo nacional; y en ese momento será tarea de los movimientos obreros de los otros países presionar sobre sus Estados respectivos en el mismo sentido, impedir que una brecha anticapitalista en un país sea contrapesado o explotado en su detrimento por los capitalismo vecinos.

Pero, en una fase ulterior, que no parece estar muy alejada, cuando los Estados nacionales tenderán a ser desposeídos de sus poderes económicos en beneficio de la C. E. E., es sobre ésta sobre la que las organizaciones obreras (y también campesinas) deberán prepararse a ejercer sus presiones; es al nivel supranacional al que deberán poner a prueba las grandes opciones económicas de los "programadores", avanzar contra-opciones antimonopolistas, impedir incluso que la C. E. E. se convierta en un instrumento de guerra económica dirigida contra las revoluciones anti-imperialistas o los países socialistas, y cerrada a toda perspectiva de integración socialista de Europa.

Esta acción a nivel supranacional supone una estrategia y un proyecto político comunes a todas las organizaciones obreras de la C. E. E.; proyecto irrealizable actualmente y que lo seguirá siendo por algún tiempo todavía. En la medida en la que el acuerdo en la cumbre entre las organizaciones tendería a realizarse sobre la base de un "programa mínimo", no es siquiera deseable.

Pero lo que sí es realizable desde ahora, es un comité intersindical internacional, que se proponga actuar más específicamente sobre los órganos de la C. E. E., para impedir toda decisión, legislación o institución supranacional incompatible con los objetivos citados más arriba, a saber: 1.º, con la conquista de poderes obreros en las empresas; 2.º, con la de-

mocratización de las decisiones económicas, el desarrollo de la iniciativa pública y la extensión de las nacionalizaciones; 3.º, con la autonomía sindical y con la socialización de la función de inversión.

No se trata de ninguna manera de buscar ya una unificación y una centralización de la estrategia obrera, que, además de que ahora es imposible, conduciría a la esclerosis burocrática. Son las estrategias sectoriales, regionales y nacionales las que hay que coordinar, de manera que se corroboren en lugar de contrarrestarse; son las condiciones de posibilidades de abrir brechas anticapitalistas lo que hay que preservar para cada país, al nivel de la C. E. E., dejando al mismo tiempo a las acciones desarrollarse según su propio tono, su método y sus objetivos específicos, estando estos adelantados con respecto a los objetivos de otros movimientos obreros. En ningún caso se trata de frenar tal lucha nacional o sectorial bajo el pretexto de que es demasiado avanzada con relación a las luchas de otros países. Por el contrario, hay que confiar en el efecto contagioso de las victorias nacionales; pues no permanecerán mucho tiempo como no posibles, y es de ellas, principalmente, de donde el movimiento obrero extrae su fuerza.

Pero, una vez planteado esto solamente si el movimiento obrero aprende desde ahora a emplearse en acciones comunes, por descentralizadas y limitadas que por sus objetivos éstas puedan ser, podrá formar mañana, en el momento de la crisis, cuando la naturaleza y la orientación de los poderes supranacionales estarán en juego, un frente capaz de tener más peso que los trust, tanto en los Estados nacionales como en las instituciones europeas.